

ct

Más muerta que viva

A partir de hoy, es un después

de
Julio Rojas

Creación colectiva

(fragmento)

*“La pregunta real,
no es si hay vida después de la muerte.
La pregunta real es
si estás vivo antes de morir...”*

OSHO

Un portón se abre. Detrás de él, un lugar olvidado, de ésos a los que no se suele mirar. Podría ser un garaje muy subterráneo, hundido bajo capas de tierra, escombros, ciudades; un galpón abandonado; una vía del tren de los trenes que ya perdieron la memoria; una construcción paralizada, que olvidó construirse.

Laguna sin Estigia

Una mujer viste de riguroso luto, a medio camino entre la sobriedad y Donnatella Versace en los funerales de su hermano. Gafas negras, pamea, guantes; todo negro. A sus manos, cada uno en su correa, lleva cuatro imponentes dóberman, llamados Flegias, Estigia, Valam y Valquiria.

LA SEÑORA CARONTE

Desde pequeñita, lo tengo grabado en la cabeza: “*Ve hacia la luz, Ve hacia a luz*”, ¿Madeline? ¿Catherine? (*No recuerda el nombre*). El caso es que hay que mirar siempre hacia la luz; hay que ir siempre hacia la luz. Eso hacen las polillas... pero... ¿cuántas se han chamuscado rozándose con las bombillas? ¿cuántas mariposas se han acercado demasiado a la hoguera? Cada cual asume sus propios riesgos, y en el mejor de los casos, no los asume.

(*A Flegias*) ¿A que sí, bonito? (*Silencio*). Disculpen, me han pillado en bata. Estaba todavía dándole el desayuno a mis pequeños. ¿Me acompañan? Flegias es el que más come, siempre al ocaso, como todas las bestias que necesitan combustible para las tracas que dispara la noche.

Hoy... fue gracioso; Flegias estaba empeñado en astillar la tristeza de algún tonto asomado al abismo. Por supuesto, lo ha conseguido: Flegias podría convertir en serrín todo el granito de las plazas de Madrid. Cuando se amarra con sus dientes a cualquier cosa, mi pequeñita, mi Valquiria (ven, bonita; vengan conmigo) siempre cierra los ojos. ¿Se han fijado que siempre, todos nosotros, acabamos por imitar a nuestras madres? Eso hace, hizo, hacía... siempre Valquiria: cerrar los ojos tanto que ya no deseaba abrirlos más. (*Súbitamente conmovida, se detiene*). “No hay peor ciego que el que no quiere ver”. (*A Valam, haciéndole cariñitos*). De mis ojos brotan llamas... ¿Puedo tutearles? (*Silencio*). ¿Estáis ahí? Sólo quiero deciros que por mí no se va a la ciudad doliente, pero sabed a dónde vais... si es que estáis ahí... La ciudad doliente la dejáis atrás, arrimaros ahora a mi barca (como un romance otoñal). ¿Me seguís? (*No la siguen*)

(*A Valam, que ha comenzado a perseguir alguna luciérnaga; muy dura*) ¡Déjalo Valam! Siempre igual, persiguiendo lucecitas que no van a ninguna parte, ¡déjalo! (*Silencio; después, vomita un reproche a la concurrencia*). ¡Ustedes no saben lo terrible que es tener siempre a tus cachorros en un ciclo interrumpido, en un ciclo oscuro, siempre tus cachorros amarrados a estos olores, a esa oscuridad que crece, que siempre crece, porque aquí, al contrario que en otros lugares, nunca deja de venir gente, de alimentar esta máquina, de rozar huesos y despeñadero! (*Silencio, queriendo calmarse, queriendo reírse*). ¡Uy! Mi compostura... la debí de perder con la bisutería heredada de mi abuela...

Ahí abajo, entre gente perdida, la justicia movió a nuestro autor supremo. Antes que yo (que nosotros, -¿puedo tutearos?-) no hubo cosa creada, sino lo eterno, y yo; nosotros, permaneceremos eternamente. Pero todavía no, sigan conmigo.

Perdonadme, hoy estoy muy hipnopómpica, intensa, táctil. Hay vigiliass que se le agarran a una como un rimmel de todo a cien.

(A Estigia). Y Estigia... mi charquito de plata. Como se pueden imaginar, era la más valiente de todos mis niños *(Corrigiéndose, muy rápido)*, mis cachorros. Y también la más inteligente. Ella fue mi gatillo: por ella les sumergí a los tres en la laguna, sabía que no flotarían como esos corchitos que parecen nieve; pero tampoco se hundieron como un yunque. No, mis bebés, que fueron una vez blancos como la luz de invierno, níveos como lo fueron mis ojos... resurgieron fuertes, negros y brillantes. Ellos eligieron su propia máscara. Ése es el primer gesto voluntario humano. Y también el último. Y también es solitario...

Ahora les tengo a ellos, me tienen a mi. Su viaje, vuestro viaje, nosotros ya lo hicimos. Les invito a viajarlo. Ya casi estamos...

“Ve hacia la luz”... Yo les invito a la penumbra, simplemente. Sólo avísenme si empiezo a convertirme en demasiado yo misma.

Les invita a seguir su camino, hacia abajo, hacia la penumbra. Los doberman abren el paso.

Frustración

Restos humanos sin identificar, tratan algún imposible, romper lo irrompible, comprender lo incomprendible. El ciclo es eterno, no tiene final. Y los intentos y ejecutantes, tampoco.

PARTE I

EL MÚSICO

Hay algo... que ya no es... lo que era. *(Intenta encontrar respuestas)*. ¿Yo soy esto? No entiendo nada. ¿Para qué, esto? ¿Para luchar? ¿Contra qué, contra quién?

Soy Ulises, pero no sé navegar. Soy Lancelott, pero no tengo valor para empuñar espadas. Soy Hypatia, y olvido mirar al cielo. Soy ahora Dalila, y ninguna perdición provoco.

Yo estoy, y soy lo que he sido, pero, ¿he causado efecto? Había causa, pero se perdieron los efectos: los efectos son... chinitas lanzadas a un granero, polvo de estrellas, cocaína perdida en la superficie de baldosas blancas.

LA CHICA DE LA CURVA

Soy lo que no queda, lo que se quiebra, lo que se rompe. Pero esto, ¿qué es? ¿Cómo se llama cuando algo desaparece? No está perdido, no se ha ido a otra parte. Una vara, si la rompo, ¿seguirá siendo una vara? ¿Lo que queda en medio? ¿Cómo se llama ahora? ¿Qué es? ¿Cómo sé lo que es? Desde hace poco o mucho tiempo me ha gustado partir las espinas de los rosales, poner sellos sin

tinta. He roto condones, mandíbulas, e imágenes que hacían demasiado daño porque no estaban aquí, ahora, cuando mucho antes las había pensado.

(Buscando la complicidad de otros asistentes de velorio). Y tú, ¿estás ahí? Sé que estás ahí.

UNA HERMANA 'ESO'

Dicen que cuando las expectativas de una persona no se ven satisfechas al no poder conseguir lo pretendido, la frustración es el regalo que queda.

PARTE 2

LA CHICA DE LA CURVA (2)

No consigo entender qué ha pasado. *(Como su anterior compañero, tampoco conoce respuestas).* ¿Qué nombre le pones a cuando se muere tu hermano; o tu hijo?

UN ÁNIMA

¿Y cuando nada muere pero...? ¿Qué nombre le pones a cuando desaparece... eso?... *(Sonríe).* Es posible morir, es posible dejar de existir.

LA OTRA HERMANA 'ESO'

Yo he hecho quiebros a las cosas que... a todo lo que no quería ver, lo que he querido evitar.

EL VIVIDOR

He evitado hacer grandes compras en el supermercado. He evitado la burocracia (los ministerios siempre huelen a lejía), los testigos de Jeová, la comida con moho...

UNA SEGUNDA ÁNIMA

como quien huye de la parca. Pero, tarde o temprano, todo llega. Y el que espera, desespera.

TANZER

Herramientas de huida, respuestas al impacto, al golpe, a la desintegración emocional de los regalos patológicos con los que he roto rodillas y amantes. No sé dónde se han ido las cosas, las cosas que pasaban cuando nos mirábamos. *(Entre el recuerdo y la presencia).* No sé dónde ha ido lo que pasaba entre tú y yo, ¿te acuerdas, cuando nos creíamos? ¿Estás ahí? ¿Estás ahí? Sé que estás ahí.

LA SEÑORA CARONTE

Dicen que cuando no superas tus expectativas, cuando el desengaño es legaña, y almohada, y espejo; dicen, entonces, la frustración se vincula con la desintegración.

PARTE 3

TANZER

Aunque no me preocupa la química, ni la materia, me he obsesionado con entender sus definiciones. Desintegrarse... países, grupos, los granos de arena, los núcleos atómicos, los cuerpos, todo puede desintegrarse, ¿no?... Quiero entender.

LA CHICA DE LA CURVA

(Quiere entender). Cada vez que cae un rayo, pienso en el aire que separa. ¿Qué pasa con él?

Cuando viajo al norte, imagino dónde ha ido ese ozono, que era una capa, ¿dónde ha ido? ¿Se desvaneció, sin más, ya está?

TANZER

(Más alucinado que técnico). Se fue a otro planeta donde sí lo necesitaban y podían cuidarlo, y se reconvirtió en otro ozono, más espeso y rojo y brillante. ¿Dónde ha ido? ¿En qué se ha convertido? ¿Cómo lo nombro, ahora?

LA CHICA DE LA CURVA

La materia ni se crea ni se destruye, sólo se transforma; o, como diría un experto (y yo no lo soy) «En un sistema aislado, durante toda reacción química ordinaria, la masa total en el sistema permanece constante...»

LA SEÑORA CARONTE

(Trata de responderse a sí misma). ¿Soy yo un sistema aislado?

LA CHICA DE LA CURVA

¿Todo esto es sólo una reacción química?

LA SEÑORA CARONTE

Yo no he tomado nada.

LA CHICA DE LA CURVA

¿Me estás llamando ordinaria?

LA SEÑORA CARONTE

La materia no se crea ni se consume, sólo se transforma.

LA CHICA DE LA CURVA

Pero, ¿en qué? ¿para qué?

TANZER

Dicen que cuando no superas tus expectativas se produce una paradoja: cuando se llega a la fase de extinción, el sujeto (tú, yo, nosotros) no refuerza la conducta, y sobreviene la sensación de frustración.

SOLEDAD

(Un último intento). Pescadillas que se muerden la cola, extinciones que no tienen final, correr en círculos, tropezar con la misma piedra, orcas en un acuario, lectores ciegos, conductores kamikaze, niños grandes, el huevo/la gallina; paradojas y este lugar, este hotel infinito de infinitas habitaciones que perpetuamente puede aceptar más huéspedes, aunque esté lleno.

Silencio.

Quédense: una manzana roja incrementa la probabilidad de que todos los cuervos sean negros.

Si me caigo de frente, me rompo la barbilla

Un grupo de hombres esperan, como es común a la puerta de los tanatorios, por ejemplo.

La SEÑORA CARONTE, ansiosa por lo que le falta. Fuma compulsivamente y esnifa algún producto no destinado a la estupefacción. En torno a ella, los hombres (el VIVIDOR, el ENTERRADOR, el DIRECTOR) con las manos en los bolsillos, pelean por sus afectos y sus cenizas.

TANZER se esconde en torno a un automóvil de desguace.

Nadie media ni media palabra.

Después, la señora Caronte se dirige hacia el coche, tapona el tubo de escape, entra en él, sube las ventanillas, enciende el motor, y finalmente, se suicida.

Soledad

Una mujer, llamada SOLEDAD, se encierra en si misma. En su rincón, rodeada de fugaces momentos de su intimidad, de objetos personales y de ladrillo, se empareda con cada palabra.

SOLEDAD

Me llamo Soledad. Desde hace diez años, vivo en la misma casa. Es una casa que me gusta. Tiene dos ventanas grandes que dan a la calle, a la altura de la copa de los árboles. Los árboles de mi calle, de la calle donde yo vivo, son acacias, así que les cambia el color cuando cambian los meses, y cuando las hojas mueren se caen al suelo. Antes no me gustaba esta época del año. Ahora sí; es como si los árboles hubieran tomado también las aceras, como en rebelión por sólo dejarles crecer hacia arriba.

Mi casa es antigua, no demasiado antigua, en realidad. He leído que el barrio donde está fue construido después de la guerra, y que muchos de los edificios se hicieron con materiales que antes fueron otras casas, luego fueron escombros, y ahora son otras casas, como en la que yo vivo. Es verdad, que alguna vez, queriendo taladrar demasiado la pared, me he encontrado con sus entrañas, y son eso, entrañas, una masa arrugada de cosas y materiales por los que pasa, sobre todo, el sonido.

No puedo hacer muchas fiestas en mi casa por eso, por el sonido. Tampoco las haría: me gustan mis alfombras y mis plantas. Pero además, en mi casa, se oye todo. Al fondo hay un patio, y en el patio, hay muchas plantas. Esas no son mías. En la casa de enfrente, con la que comparto el patio, lleva la misma pareja viviendo unos diez años, casi tantos como yo. Él plantaba todas las semanas plantas nuevas, ella siempre las riega. Me acuerdo de verles en pijama. Compran palitas, rastrillitos, y

cuidan las plantas. Alguna vez se besan en el patio. Los dos son bajitos y sonrían. Cuidan de este patio, y yo muchas veces los miro sin que me vean. Han pasado... unos años. Ahora tienen un niño, y en mi casa se oye todo, le escucho muchas veces llorar, como lloran todos los niños pequeños. Un par de años después tienen otro. Y otro. Sus cuerpos son diferentes a cómo eran antes. A veces lloran todos los niños a la vez y me pregunto quién querría eso... Mucha gente, por lo visto. Me gustan los niños, pero en mi casa se oye todo. Él siempre, ella casi todos los días; les gritan, desesperados, supongo, por los tres llantos a la vez. Es comprensible. Pero el grito de él, más que los de ella o los de los niños, me... desespera profundamente: es un grito muy agudo, de esos que hacen hincharse la nariz y las venas que pasan por donde empieza el pelo. Hay veces que el grito se rompe y parece otro grito más agudo aún... Por las sienes, por ahí. Y cuando voy a dormir, o sobre todo cuando me despierto, pienso en lo mal que hay que estar para gritar así.

Yo paso mucho tiempo en casa. Mi pareja... mi novia, ¡qué coño!, sale a trabajar temprano. Yo no. Han pasado los años y no iba a ninguna parte. Sólo me quedaba en casa... nada... y oía, a las horas señaladas, esos gritos, y pensaba en los muertos vivientes, en los muertos en vida, en la muerte antes de la muerte. Un día me di cuenta, de que en silencio, yo estaba así también... Encontré un trabajo, y ahora trabajo en ese trabajo. Muchas veces echo de menos lo que quería haber hecho, pero nada pasaba, esperaba y sentía que no tenía... ahora me levanto con ella y salgo temprano. Ya no oigo esos gritos, y tampoco paso tanto tiempo en silencio. Me he sentido muerta, en vida, durante algún tiempo.

Yo no sé si todo lo vivo es santo, supongo que no. Tampoco creo que todo lo muerto sea santificable. Hay muertes que es mejor no vivirlas, y hay vidas que es mejor morir las. No lo digo por mis vecinos, ¿eh? Tampoco por mi misma... Bueno, si estáis ahí, sabéis de lo que hablo.

Ya emparedada, los presentes y no presentes le dedican un réquiem final.

Después de esto... sólo queda bailar para celebrar la vida: vivos y muertos, almas y cuerpos, ánimas y carne.

Llega al fin el momento del fin.

Con un swing.